

Tiempo de juego

GABRIEL QUESADA MORA

*A mis hermanas Dianny y Ledia,
gracias por ser parte del juego de mi vida.*

*“Es la vida misma la que plantea cuestiones
al hombre. Éste no tiene por qué interrogarla:
es a él, por el contrario, a quien la vida interroga:
y él quien tiene que responder a la vida,
hacerse responsable”. Víktor Frankl*

Fabián no apartaba la vista del tablero, estaba disgustado consigo mismo. En su mente ya proyectaba la imagen de Diana diciendo *jaque mate*. Ya le parecía ver cómo la mano de su contrincante se extendía victoriosa para tomar la dama blanca y colocarla en el ámbito de su rey. El golpe sería certero: el rey caería estrepitosamente, su corona besaría el terrible espacio de la batalla.

De súbito, Fabián derribó las piezas sobre el tablero. —Estoy cansado, se me hace tarde —dijo sin dar mayor importancia a lo que acababa de hacer.

En el silencio posterior... en ese instante de la derrota y el triunfo, Diana buscó el rostro de Fabián y encontró su mirada: no era la que ella creía haber conocido, era la mirada de un extraño, como de una sombra que hasta ese día no se dejaba ver. Diana no resistió el vacío de esa mirada, no se animó a decir nada. Se agachó para recoger un par de peones que en la violencia del golpe habían caído en el suelo. En esto estaba cuando escuchó los pasos de Fabián que se alejaba. Cuando se incorporó de nuevo estaba sola en la sala de estudio. Esperó hasta que don Alberto, el bibliotecario, apareciera en la ventanilla; tenía que devolverle el ajedrez.

—Hoy sí que fue rápida la partida —dijo don Alberto al ver que Diana se acercaba.

—Sí, fue muy rápida, más de lo que yo hubiera deseado. Nunca pensé que Fabián eligiera derribar las piezas...

—Entonces ¿casi le hacés *jaque*?

—Sí. Faltó tan poco, un movimiento más, uno sólo —dijo Diana con ansiedad.

—¡Qué extraño en verdad! —exclamó el bibliotecario—, yo que lo he visto jugar en varias ocasiones, nunca había observado ni escuchado que hiciera eso.

—También a mí me pareció muy raro —afirmó Diana—, pero bueno, dejémoslo así, ya pasó y no puedo hacer nada. Lo que importa ahora es aprovechar el tiempo que me queda. ¿Qué libro me recomienda leer hoy?

—Aquí tengo las *Historias de Cronopios y de Famas*, es una colección de relatos cortos de Julio Cortázar. En pocos días lo terminás. Son pocas líneas pero dicen mucho más que muchos libros de quinientas páginas. Sé que te va a encantar.

—Gracias por la recomendación —dijo Diana al instante que cogía una boleta de préstamo a domicilio para poder llevarse el pequeño libro.

—Para eso estamos, para recomendar buenos libros, porque no todos son buenos. Es más o menos como escoger a los amigos: no todas las personas son buenas para que sean tus amigos, por eso hay que saber elegirlas con cuidado; como se dice, “de todo hay en la viña del Señor”.

—Tiene razón, don Alberto, además confío en su juicio porque de los libros que me ha recomendado todos han acertado, usted como que tiene el don de saber lo que uno necesita leer.

—No es para tanto. Mirá, tengo que dejarte porque ya viene Andrea con unos libros que hace tiempo tuvo que haber entregado.

—De todos modos, gracias. Nos vemos entonces el próximo viernes —dijo Diana despidiéndose.

—Hasta entonces —respondió el bibliotecario—, y saludame a tu mamá y decile que el pancito casero que me regaló el otro día estaba muy rico.

Eran las tres de la tarde. Diana decidió aprovechar el tiempo que le restaba para ir a comprar un par de hojas de colores, una goma y unas tijeras para hacer un *collage* que tenía que presentar el lunes siguiente en la clase de Artes Plásticas. Cuando llegó a la librería, encontró a su amiga Valeria que compraba un par de cosas para el mismo trabajo.

—¿Qué tema has pensado para el *collage*? —preguntó Valeria mientras cogía unas hojas azules.

—No sé todavía. Tengo varios recortes: *La persistencia de la memoria* de Dalí, un grabado de Doré, ese en el que Sancho Panza está en medio del bosque y siente sobre su cabeza un par de pies con zapatos y calzas, y temblando de miedo llama a don Quijote. Tengo también imágenes de Gandhi, Marie Curie, Carmen Lyra y unos grabados de Amighetti. Pero la verdad, no sé bien cómo darle sentido a todo esto. Mañana voy a recolectar más imágenes y el domingo ya les doy orden.

—¡Qué enredo te tenés! —dijo Valeria—, yo no me he complicado. Mi mamá tenía por ahí un montón de esas revistas de *National Geographic*, cogí unas cuantas y las recorté, elegí el tema de animales de África. Tengo de todo: leones desbaratando a una pobre gacela, un cocodrilo atacando a una descuidada cebrá en las márgenes del río Zambeze, en Mozambique, una mamba negra esperando sigilosamente a un pobre ratón en las llanuras del Parque Nacional Amboseli, en Kenia, y así por el estilo.

—Yo no podría —replicó Diana—, esas imágenes son muy crueles.

—Así es la vida —dijo su amiga—, unos tienen que morir para que otros puedan sobrevivir.

—Bueno, ya no quiero saber nada de esos pobres animales. Mejor contame cómo te va en los ensayos del coro.

—Más o menos; el profesor Fallas me dijo que tenía que practicar mucho. Las presentaciones empiezan la segunda semana de diciembre, lo que tengo que mejorar es la pronunciación. Dos villancicos del repertorio son en latín y yo, hasta ahora, nunca había pronunciado ni una palabra en esa lengua. La única referencia que tengo es que mi abuelo dice que antes la misa era toda en latín, que se escuchaba muy bonito y elegante, pero claro, no se entendía nada.

—¡Latín! —exclamó Diana—, ¿y ya sabés algo?

—Apenas estoy con el texto del villancico más famoso, se llama *Adeste Fideles*.

—¿Qué significa?

—*Venid fieles* —dijo Valeria con satisfacción de haberse acordado de la traducción—. La gente lo que más recuerda es el estribillo que dice:

“Venite adoremus, venite adoremus

Venite adoremus Dominum...”¹.

—Tenés razón, ya recuerdo.

—Ves Diana, que no es difícil reconocerlo. Además, el mensaje de todo el villancico es muy sencillo: invita a contemplar la grandeza del nacimiento de Jesús, que ahí, en circunstancias sencillas, se revela como el don del amor de Dios hecho carne.

—Luego me das el cronograma de las presentaciones —agregó Diana—, esta muy interesante.

—Claro que sí, después te lo doy. Hablando de otro asunto ¿cómo van las tardes de ajedrez? —preguntó Valeria al tiempo que sacaba el dinero de su cartera para pagar lo que había comprado.

—Mal —dijo Diana de inmediato—, hoy casi le gano a Fabián y no me creerás lo que hizo: derribó las piezas sobre el tablero y se marchó.

—¡Qué mal! ¡Qué cobarde! Aunque yo no entiendo mucho de ajedrez, sé que eso es muy reprochable.

—Exacto —replicó Diana—, pero yo no puedo hacer nada, estoy atada de manos.

—Es una pena. Mirá, se me hace tarde, ya tengo que irme —dijo Valeria. Quedé de tomarme un café a las cuatro con Fernando.

—Así le dicen ahora cuando se va a marcar —le dijo Diana en tono burlón.

—No me jodás —replicó Valeria al punto. Bueno, sí, me atrae mucho y además fue él quien me llamó para salir.

—Sabés que es para molestarte nada más. Andá tranquila y suerte, que lo disfrutés mucho.

—De eso no te preocupés. Bueno, nos vemos luego y suerte con el *collage*.

Diana caminó hasta llegar al parque de Desamparados, allí esperó el bus de Calle Fallas. El cielo estaba gris, la lluvia era inminente. Cuando llegó a su casa, se dirigió inmediatamente a su cuarto y tiró sobre su cama el bolso, los libros, el suéter y un par de revistas. Se cambió de ropa y se abrigó bien, luego puso la cafetera para hacer el café como a ella le gustaba: chorreado y despacio. Su madre no llegaba hasta las seis de la tarde.

Diana tomó el libro. Al pronunciar Cortázar, se le escapó una media sonrisa porque le pareció un tanto gracioso ese apellido. Al advertir que cada texto en sí era independiente, decidió leerlos de manera desordenada. Empezó con un texto intitulado *Preámbulo a las instrucciones para dar cuerda al reloj*. Leyó lentamente cada palabra, como si tuviera que digerir con cada una de ellas un mundo entero. Conforme avanzaba, el conjunto de palabras precedentes la empujaban hacia adelante, como diciéndole “no te detengas en medio del abismo, termina el párrafo y danos sentido para que puedas entenderte...” Cuando por fin de sus labios salió la palabra final, se recostó nuevamente, en silencio pensó para sí que el ser humano siempre trata de inventar algo para satisfacer una necesidad, en este caso un bendito reloj para situarse en el tiempo y en el mundo: organizar las actividades cotidianas con un referente de común acuerdo, la seguridad que mana de medir las cosas. Sin embargo, no pocos hombres acaban siendo esclavos de un artilugio que tiempo atrás surgió de su mismo ingenio. Y la máquina ya no es un medio para, sino un fin en sí, el reloj utiliza al hombre para seguir siendo un Reloj, y con mayúscula porque ya tiene personalidad, mientras el hombre, cualquier hombre, ya disminuido, hace alarde de su lujosa esclavitud.

Después de estos pensamientos, Diana buscó de nuevo el libro que estaba entre las cobijas. Leyó unos textos sobre curiosísimas instrucciones acerca de escaleras, de hormigas, de pinturas, del miedo y otros temas. En todo esto se le fue la hora que restaba antes de que su madre llegara. Cuando escuchó que la puerta de la sala se abrió, corrió al cuarto de su madre a buscar un abrigo, unas medias y unas sandalias. En efecto, doña Angélica llegó en condiciones lamentables: empapada por completo ya que al bajar del bus y caminar los doscientos metros hasta su casa, un viento repentino le arrebató la sombrilla de la mano derecha. Eso no era todo, en estas circunstancias y para evitar que los papeles de la oficina no se dañaran con el agua, echó a correr con tan mala suerte que el tacón izquierdo del zapato se quebró poco antes de llegar. Y así la encontró su hija en el umbral de la puerta: empapada, con el cabello en estado lamentable, maldiciendo a los incompetentes de la municipalidad que hacía más de dos meses se habían comprometido a arreglar las aceras del barrio y también a la empresa de buses, que por tener tan deficiente horario tuvo que esperarse más de media hora, y por eso la lluvia la había sorprendido todavía en San José.

—¡Santo Dios! —dijo doña Angélica mientras se secaba con un paño—, si sigue haciendo tanto viento, vamos a terminar arrasados como Macondo.

—¿Quieres cenar? —preguntó Diana mientras le alcanzaba las sandalias—, sólo hay que calentar un poco el arroz, lo demás ya está listo.

—Sí, necesito comer un poco y descansar. Claro, luego el cafecito que me ayudará mucho porque tengo que terminar el informe de ventas. Esa gente de auditoría nos está jodiendo mucho, y lo peor es que tienen razón porque el imbécil de Rodrigo entregó unos estados de cuentas incompletos, y ahora no aparece un montón de facturas.

—Es un asunto muy serio —dijo Diana—, espero que pase rápido, para nada me gusta verte así tan estresada.

—Ya esto es lo último; mañana a las nueve entrego lo que me corresponde y por fin termino. Además ya hablé con don Enrique para sacar vacaciones a partir del próximo miércoles.

—Excelente noticia —dijo Diana emocionada— así podrás descansar, y terminar esa pintura que hace más de tres semanas tenés ahí en el taller.

—Tenés razón —replicó doña Angélica al tiempo que volvía la mirada hacia la puerta que daba al taller de pintura—, he abandonado un poco la idea que tengo para ese cuadro.

Las dos mujeres se sentaron a la mesa, cenaron frugalmente: una ensalada de lechuga y tomate, arroz y pescado al ajillo. Al rato tomaron un café que emanaba un olor único que perfumó toda la estancia, un olor inconfundible de tierra profunda, de fresca humedad mañanera. En ese momento, Diana aprovechó para comentarle a su madre el incidente que tuvo con Fabián. Ésta le aconsejó que en la medida de lo posible conversara con él, para saber con certeza sus razones. Diana asintió afirmativamente moviendo la cabeza.

—Voy a estar en el cuarto trabajando en el *collage* —dijo Diana mientras recogía las tazas—, cualquier cosa me llamás.

—Tranquila, voy a descansar hasta las siete y media, creo que en unas cuatro horas termino este informe. Ya sabés que no soy nada buena para madrugar, prefiero trabajar hasta tarde.

La lluvia había cesado por completo. Unas cuantas nubes se desplazaban con rapidez hacia el oeste. Según el pronóstico oficial, quedaban tres semanas para que terminara la época lluviosa. Esto no impedía que en las vitrinas de los negocios, en los anuncios televisivos y radiofónicos y en la prensa nacional, ya se estuvieran promocionando para fin de año, los juguetes de moda, los electrodomésticos más sofisticados y la mejor ropa de la temporada.

El cuarto de Diana si bien no era muy amplio, con todo sí era muy cómodo y acogedor. Ella era hija única, sus padres se habían divorciado hacía dos años, cuando ella tenía quince. Si bien pensó en algún momento que ella era la culpable, pronto comprendió que su padre era simplemente un mujeriego consumado, incapaz de mantener una promesa, de echar raíces y de quedarse en un solo lugar.

Durante una hora, Diana retomó la labor de buscar, recortar y clasificar las figuras e imágenes que le gustaban. Al fin escogió el tema de *El reloj y el tiempo*: en el centro de una cartulina de color verde, pegó *La Persistencia de la memoria*, con esos relojes derritiéndose, aburridos de sí mismos, como burlándose de Newton al marcar cada uno una hora distinta, jugando con la razón a favor de la inconsistencia. Más abajo, una foto del reloj H4 de John Harrison²: ingenio y trabajo concentrados en un artificio insólito de trece centímetros de diámetro y 1,45 kg. A la izquierda, la fotografía de una réplica del reloj de Giovanni Dondi construido en el siglo XIV: ahí vertical, marcando el paso de las horas, indicando el movimiento de los astros conocidos: el Sol, la Luna, Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno, ahí reproduciendo el dogma de Ptolomeo³ y el último verso de la *Divina Comedia*⁴. A la derecha, Diana colocó una fotografía que su padre había tomado y que después su madre había pasado al lienzo con el nombre *Amor*

más allá del tiempo: era ella, tenía tres meses de haber nacido, estaba dormida sobre el pecho de su madre, las dos a la sombra de un gran manzano, en alguna semana de febrero en la finca de sus abuelos, silenciosamente unidas por un lazo indisoluble que se fortalecía con cada beso y cada mirada profunda.

En los bordes de la cartulina, Diana pegó frases relativas al tiempo. Empezó en la esquina superior izquierda, palabras de Paul Claudel: “No es el tiempo el que nos falta. Somos nosotros quienes le faltamos a él”. Luego otra frase, esta vez de un hombre nacido al otro lado del mundo, de un hombre hecho de polvo añejado, de miles de volúmenes que esperan callados unas manos curiosas e inquietas, un hombre que dijo de sí mismo: “El tiempo es la sustancia de que estoy hecho. El tiempo es un río que me arrebatara, pero yo soy el río; es un tigre que me destroza, pero yo soy el tigre; es un fuego que me consume, pero yo soy el fuego. El mundo, desgraciadamente, es real; yo, desgraciadamente, soy Borges”.— Este condenado —dijo Diana al tiempo que pegaba la frase—, que con sus ríos, sus tigres, sus fuegos, sus filosofías y teologías y sus endemoniados espejos y laberintos, me arrastra cada vez más al santuario de don Alberto, para mi dicha, él sigue siendo Borges, y yo, sigo siendo Diana Fuentes.

En esto Diana se detuvo, observó que en el montoncito de papeles recortados rectangularmente, uno de ellos estaba rasgado, lo agarró y lo leyó inmediatamente: “La memoria del corazón elimina los malos recuerdos y magnifica los buenos, y gracias a ese artificio, logramos sobrellevar el pasado”. —García Márquez... —dijo suavemente Diana. Ella sabía que el reloj, ese de Dondi, de Harrison, el de su madre y su padre, en fin todos los relojes juntos, en nada se comparaban con ese sencillito artificio del corazón, que todo lo transforma, no con cualidades que se pudieran medir o pesar, sino con la virtud del bien, con la fuerza de la verdad y la certeza del amor. Por último, Diana pegó una frase, ahora tan lejana en la cava de los siglos, que por el mismo respeto que éstos imponen, no dan licencia para que sea escrita primero, con otras letras que no sean las mismas con las que Virgilio garrapateó en tiempos de Octavio Augusto: “Sed fugit interea, fugit irreparabile tempus”⁵. Ella pensó en lo curioso de todo ese ejercicio, en todas esas imágenes y palabras que tardaron siglos en llegar a formarse y terminar ahí juntas. Pensó en todas esas vidas que había medido en tan pequeño espacio. Comprendió entonces que es imposible reproducir todas esas vidas, supo que lo único que tenía eran indicios que dejan entrever, eso sí, una verdad más profunda.

Después de esta última operación, Diana guardó todos los materiales que estaban desperdigados en todo el cuarto, metió su trabajo en un cuaderno y lo guardó en su bolso. Antes de acostarse, leyó el *Cuento sin Moraleja*. Cuando terminó, apagó la lámpara que estaba en la mesita de al lado, cerró los ojos y se imaginó esos gritos que persisten en el tiempo mientras sus dueños se pudren bajo tierra; pensó en esa palabra que trasciende la existencia, en esos ecos que quedan pegados en las paredes de los edificios, en las calles, en los parques y en la memoria de los hombres.

La rutina de ese sábado era como todos los demás. Dormir hasta bien tarde, casi hasta las nueve, bañarse tranquilamente sin la prisa de saber que el

bus pasa en diez minutos, un desayuno generoso: gallopinto, huevos revueltos, maduro, natilla y café. Luego, ojea *La Nación* para ver qué película interesante está en cartelera y revisar la *Teleguía*. Diana estaba en la sala cuando sonó el teléfono, fue hasta la mesita donde estaba y contestó.

—¡Todo bien, amiga! —dijo Valeria— te llamaba para ver si me acompañás a comprar un regalo para mi tía Eugenia que cumple años mañana. Claro, si no es que ya tenés planes para la tarde.

—No, no, estoy libre. Con gusto te acompaño. ¿A qué hora pensás ir?

— A la una. Mi mamá me dijo que en la Librería Lehmann venden unos libros de cocina muy buenos, y como a mi tía lo que le gusta es aprender a hacer las más extrañas y ricas comidas, creo que un libro de recetas peruanas le gustaría mucho.

— Gustos son gustos —dijo Diana— lo bueno es que le vas a regalar algo que sabés que le va a gustar. Nos vemos entonces a la una en la parada que está por el Súper del chino.

—Gracias, ya sabés que no me gusta salir sola a San José. Aunque es de día, ya eso no importa, igual lo asaltan a uno enfrente de un montón de gente. Pero acompañada es distinto. No te atraso más, nos vemos.

En efecto, esa tarde Diana y Valeria fueron a comprar el regalo. Cuando salieron de la librería caminaron por el bulevar, hacia el reloj-fuente que está por la Plaza de la Cultura. Ahí se quedaron unos veinte minutos escuchando la presentación de un grupo ecuatoriano que con sus ropas coloridas, sus flautas y guitarras le cantaban a la vida y combatían la miseria, esa miseria que los obligó a abandonar la tierra de sus muertos. Fue como si la música llamara a las nubes; los músicos tocaban y miraban de cuando en cuando el cielo gris que ya se les venía encima. La gente que los rodeaba se fue de uno en uno y en grupos pequeños. Siguieron tocando un momento, ya sin público. Como si las notas fueran una súplica para que se asomara el sol, sin embargo, las grandes gotas se precipitaron cada vez con más fuerza sobre sus rostros; supieron entonces que esa tarde no tendrían el beneplácito del cielo.

—Vamos rápido —dijo Valeria mientras abría su sombrilla.

—Sí, tenés razón. Además el bus sale en diez minutos. Y con esta lluvia lo menos que deseo ahora es tener que esperar media hora más.

Se montaron en el bus, al fondo vieron que estaba su amiga Marcela, la novia de Fabián. Estaba llorando. Diana le preguntó qué le ocurría. Ella les comentó que hacía un momento había terminado su noviazgo con Fabián —Se puso muy histérico —continuó Marcela— me agarró muy fuerte de los brazos y me dijo un sinfín de explicaciones por las que no debía terminar con él. Yo le expliqué que ya no era lo mismo que antes, que yo me había cansado de esperar que fuera más sincero, más expresivo y más cariñoso. Además, le dije que en las últimas semanas él estaba más en sus cosas del ajedrez que en lo nuestro. Todo fue inútil, él siguió insistiendo, hasta el punto en que, en un arranque de cólera golpeó tan fuerte la mesa en que estábamos que las dos tazas de café fueron a dar al suelo. El salonero que estaba más cerca vino hacia nosotros, al instante comprendió la situación y le dijo a Fabián que pagara los daños y que se fuera,

de lo contrario, llamaría a la policía municipal. Sin decir palabra, dejó sobre la mesa cuatro mil colones, y se marchó. Yo esperé un buen rato, luego ya me vine a tomar el bus y aquí estoy ahora con ustedes.

—¿Pensás que te va a dejar en paz? —preguntó Valeria al instante en que le alcanzaba una pastilla de menta.

—No lo sé. Espero que esto no siga más —continuó Marcela ya un poco más tranquila. Para mí es muy incómodo. Además, lo tengo que seguir viendo en el colegio. Lo mejor para ambos es que lo olvidemos y cada uno se concentre en sus asuntos.

—Este lunes a las siete de la mañana, de seguro vas a verlo —dijo Diana un poco preocupada—, recordá que todos tenemos que exponer el trabajo de artes plásticas.

—Sí, es cierto —respondió Marcela—, hablando de eso tengo que ponerme a hacer ese trabajo hoy y mañana. Bueno aquí me bajo, es que mi abuela está en la Clínica Marcial Fallas, está con la presión baja y voy a ir a acompañarla un par de horas hasta que llegue mi mamá.

—Que te vaya bien —dijeron al unísono Diana y Valeria.

—Gracias, amigas. Nos vemos entonces el lunes.

El resto de ese sábado y todo el domingo, Diana estuvo en Las Nubes de Coronado, con sus abuelos maternos en una pequeña quinta que habían comprado para pasar los fines de semana. Ahí continuó leyendo a Cortázar: en el frío y el silencio del campo Diana se dio cuenta de las grandes dificultades que hay que pasar para recuperar un maldito pelo, ahí conoció el sillón de la casa de Jacinto, sillón en el que ella nunca, por cuenta propia, querría jamás sentarse. Ahí en el corredor de la casa, leyó el descenso estrepitoso de esa gota que se resiste, esa gota que lucha hasta el último segundo, y esas otras, aún más tristes, que se dejan ir de un golpe...

La sirena anunció que eran las siete en punto de la mañana. Como siempre a esa hora, la entrada del colegio estaba abarrotada de estudiantes que caminaban presurosos a sus respectivas aulas. No pocos eran detenidos por tener las faldas afuera, por no llevar la camisa de educación física, por llevar una faja prohibida según el reglamento. Las muchachas eran reprendidas por su maquillaje, por llevar aretes muy grandes y por usar una enagua muy corta. En medio de todo este desorden se encontraron Diana y Valeria y, cuando por fin pudieron salir, caminaron presurosamente hasta el pabellón número nueve. Cuando entraron, don Manuel Bonilla, el profesor, estaba pasando lista. En ese instante Marcela les hizo señas para que se sentaran al fondo, junto a ella.

—Como son tantos —dijo don Manuel—, cada uno tiene cinco minutos para explicar su trabajo. No más. ¿Quién desea comenzar?

Diana se levantó rápidamente, prefería salir de ese asunto de unas vez por todas.

—En un primer momento —empezó diciendo Diana a la clase—, pensé en hacer el trabajo con imágenes sobre algunos personajes de la historia; sin embargo, cuando encontré esta fotografía de la pintura *La Persistencia de la Memoria* de Dalí, me cautivó ese reloj tan voluble. Pensé entonces en el tiempo. En esa inconsistencia indecible que nos marca, que nos recuerda, que nos anuncia, ese tiempo que de un golpe nos envuelve en sus delgados hilos y ya nos arroja muy

lejos del principio silencioso. Alrededor pegué algunas frases famosas acerca del Tiempo: esta que está aquí, por ejemplo, es de Borges; ésta otra es de Virgilio, más acá una de Paul Claudel. Estos que ven aquí son dos relojes muy famosos, uno es del siglo XIV de un relojero italiano llamado Geovanni Dondi; este otro es de Harrison, un inglés que se pasó gran parte de su vida construyendo relojes que ahora son todos unas verdaderas joyas. Finalmente, esta fotografía que mi mamá reprodujo luego en una de sus pinturas, para mí ese es el tiempo que me importa.

—Un *collage* muy abstracto —replicó el profesor—, pero está muy interesante.

—Tiempo... Bah —interrumpió César, un estudiante mediocre que se gastaba el día en molestar a sus compañeros—, el único tiempo que me importa es el que falta para salir de esta clase tan aburrida.

—Lo oí —le replicó don Manuel—, es que usted tiene la cabeza con quién sabe qué cosas adentro, o en el peor de los casos, hueca totalmente, por eso no entiende de estos temas. A ver, el siguiente —dijo observando de nuevo la lista—, Fabián Díaz.

Fabián pasó al frente. Todos sabían que su trabajo algo tenía que ver con el ajedrez y, en efecto, así era. En la parte superior de la hoja había un tablero cuidadosamente pintado, allí estaban las sesenta y cuatro casillas, blanco y negro alternados. —Esta imagen que ven representada en el tablero —dijo Fabián— es el final de la partida número veintiuno entre Fischer y Spassky, que se llevó a cabo el día treinta y uno de agosto del año setenta y dos en Reykiavik, Islandia, con motivo del Campeonato Internacional de Ajedrez. Luego, al lado izquierdo, están las fotos de cuatro excelentes jugadores costarricenses de ajedrez. El primero, Santiago López, barbero capitalino de principios del siglo XX y primer campeón nacional. El segundo es Rogelio Sotela Bonilla, hoy más conocido como poeta que como ajedrecista; gracias a él se fundó el Club de Ajedrez Atenea en el año treinta y seis. La tercera fotografía es de Rogelio Sotela Montagné, hijo del antes dicho. Éste fue campeón en el Torneo Mayor en el cuarenta y dos, el cuarenta y cuatro, el cuarenta y siete, y consecutivamente del cuarenta y nueve hasta el cincuenta y uno. Y la última imagen casi no necesita presentación: es Joaquín Gutiérrez Mangel, el autor de *Cocorí*. Gutiérrez Mangel desde los años treinta fue uno de los jugadores más constantes, más inteligentes y más estudiosos del ajedrez. Fue Campeón Nacional en el cuarenta y tres. Y, finalmente, lo que está al lado derecho son tres versos de un poema del escritor argentino Jorge Luis Borges titulado “Ajedrez” que dice:

“...Cuando los jugadores se hayan ido,
cuando el tiempo los haya consumido,
ciertamente no habrá cesado el rito...

... *También el jugador es prisionero*
(la sentencia es de Omar) de otro tablero
de negras noches y blancos días.
Dios mueve al jugador, y éste, la pieza.

*¿Qué dios detrás de Dios la trama empieza
de polvo y tiempo y sueño y agonías?”*

— Y ¿qué es eso que está en la parte inferior? —preguntó don Manuel— ¿Qué hace esa pieza ahí tan sola, como amarrada con una cuerda que va más allá del tablero? Y esas dos frases al lado ¿porqué las pusiste ahí?

— ¡Ah!, casi se me olvida... Esa imagen del rey negro es en verdad una de las mejores que he visto, y me pareció bueno incluirla en el *collage*. La cuerda es la guía de la siguiente jugada. Las palabras que están a los lados: *nihil* ... significan, como les digo, algo así como el momento posterior a la última jugada de la partida.

— ¡Qué complicado! —dijo el profesor— sin embargo, la propuesta no deja de ser interesante. Está bien, siéntese. Ahora vamos a tener que ir más rápido con las exposiciones. A ver, sigue... Daniel Campos.

— El tema de mi trabajo es —dijo Daniel al tiempo que sostenía temblorosamente la hoja— la historia del fútbol en Costa Rica. Ésta fotografía es de uno de los primeros equipos que se formó en nuestro país, se llamó *El Costarricense*, lo conformaron en un primer momento ingleses que estaban laborando en la capital. Luego, esta imagen de más abajo, es la primera Selección Nacional de Fútbol conformada en 1921. Éste que está aquí es Alejandro Morera Soto. Él es para muchos y para mí también el mejor jugador que ha tenido nuestro país.

— Y faltás vos —interrumpió nuevamente César—, como el jugador más malo de la historia de Costa Rica.

— Este no es lugar para ese tipo de comentarios —dijo don Manuel mirando fijamente a César—, si va a seguir molestando mejor salga del aula que a la próxima le hago un reporte.

— Era sólo para ponerle humor a este asunto —dijo César.

— Le aseguro, que de su humor aquí nadie desea saber nada. A ver, el siguiente es Antonio Méndez.

Así fueron pasando todos. Valeria y Marcela fueron de las últimas en exponer; sin mayor contratiempo, sus trabajos fueron bien calificados. El resto del día se les fue muy rápido entre los recreos, el almuerzo y las dos últimas lecciones libres, porque el profesor de matemáticas estaba incapacitado.

Los dos días siguientes trascurrieron con normalidad en el colegio. En las noches, Diana ayudaba un rato a su madre en el taller de pintura a probar diversas combinaciones de colores, a dibujar rápidamente esbozos de ideas que surgían de repente, a probar la resistencia de distintos lienzos. Ese miércoles antes de acostarse, ella retomó el libro de Cortázar. Llegó por fin al mundo de los Cronopios, de los Famas y las Esperanzas —único texto que leyó ordenadamente. Entrevió en esas minúsculas historias verdades de la cotidianidad, eso que pasa y que pocos ven, eso que somos y que a veces no nos damos cuenta. — ¡Ahora comprendo! —exclamó Diana con asombro—, mi madre es un verdadero Cronopio cuando entra en su taller de pintura, ahí entre paisajes inacabados, entre rostros alegres y angustiados, ahí ella es libre.

Eran las once de la noche. Con estos y otros pensamientos, Diana se fue quedando dormida sin sospechar siquiera que, en ese instante, la mano del

jugador se lanzaba estrepitosamente sobre sí mismo, sobre el único juego, el que de verdad importa.

En la entrada del colegio el murmullo era inevitable. Grupos de estudiantes contaban sus impresiones sobre el caso. Unos hacían esfuerzos para recordar detalles de anécdotas que pudieran decir algo, otros exageraban sus rápidos encuentros con él, otros más allá recordaban sus gestos peculiares, como el constante pestañeo, la costumbre de estar comiendo confites y refrescar sus labios con *lipstick*.

Las especulaciones eran múltiples. Los chismes no tardaron en inundar todo el colegio y el barrio. Su madre sufría en silencio. Los más cercanos acudían con muestras de cariño. En conjunto todos a su manera buscaban una respuesta, una explicación satisfactoria, pero pronto se encontraban con el límite de su razón, ahí de frente al umbral de lo imprevisto de la naturaleza humana.

El viernes, Diana llegó por la tarde a la biblioteca. Tenía que devolver el libro de Cortázar. Cuando entró miró la mesa en la que usualmente jugaban ajedrez; desde lo sucedido nadie se había atrevido a volver a ocupar ese espacio.

—Buenas tardes, don Alberto —dijo Diana al tiempo que ponía el libro en el mostrador.

—¡Qué bueno verte por acá! —respondió don Alberto con ánimo. — Pensé que te ibas a tardar más, bueno ya sabés pues, por lo que pasó...

—No, no... Ya lo había terminado de leer el miércoles en la noche. Además tenía que cumplir con usted y entregárselo a tiempo. A lo mejor ya se lo han venido a pedir y están esperando que yo lo devuelva.

—No se preocupe —dijo don Alberto al tiempo que abría el libro en la primera página. Miró el sello del préstamo, antes que vos, ese libro salió por última vez de la biblioteca en marzo del año dos mil. Tiene casi tres años de esperar un lector.

—Con todo esto —dijo Diana pensativa—, soy responsable y aquí estoy.

—Qué bueno que pensás así. El mundo sería otro si todos practicaran esa virtud. Pero desgraciadamente no pocos se pasan la vida entera evadiendo la responsabilidad de sus actos.

—Sí, es verdad, don Alberto. Pero vivimos en este mundo y así es. Lo que nos queda a cada uno es hacer la diferencia en el pequeño espacio de nuestra existencia. Ser parte del infierno es muy fácil, basta con no hacer nada. Mas el bien es raro porque es difícil de concretarlo, significa renuncia, entrega y esfuerzo constante.

—Me da mucho gusto escucharte —dijo el bibliotecario—, esto que me decís me da esperanza de que mañana surja una generación de hombres y mujeres más madura y comprometida, una generación que se reencuentre con lo que realmente da sentido y valor a la vida.

—Usted tiene una esperanza que se desborda por todos lados. Hasta me ha hecho sentir comprometida con un futuro que todavía no existe.

—De eso se trata la promesa —dijo don Alberto. De empeñar el futuro desde el presente. De darle sentido a ese espacio y ese tiempo indefinidos, llenarlos

de valor desde ahora. Te doy un ejemplo: cuando me casé, el dieciocho de agosto de mil novecientos ochenta y cuatro, es decir, hace diecinueve años, cuando le prometí a mi esposa que la amaría siempre y en cualquier circunstancia, esa promesa tiene sentido porque comprometí mi futuro: afirmé que a pesar de todo yo iba a seguir siendo el mismo para ella, ella prometió lo mismo para mí y eso le da sentido a todo lo demás. Mantener una promesa no es asunto fácil, constantemente hay que tomar decisiones para mantener y madurar su riqueza.

—¡Dios Santo! —exclamó Diana—, así como usted lo plantea la promesa resulta un asunto muy comprometedor.

—Sí. Pero vale la pena porque da sentido, da fuerzas y estimula la creatividad. Hay que ser creativo para afrontar los problemas, hay que ser creativo para aprender a amar y mantener una promesa. Una promesa auténtica hace mejor al ser humano porque va formando su personalidad, le permite ir observando a través del tiempo que en medio del bullicio y las distracciones, lo que da plenitud y seguridad es la certeza de algo valioso y exclusivo, en este caso la promesa del amor.

—Usted sí que lo pone a uno a pensar —exclamó Diana— y eso me gusta mucho. Gracias por sus consejos. Ya no lo entretengo más, don Alberto, de seguro tiene mucho por hacer todavía. Que tenga una buena tarde.

—Igual para vos y espero verte pronto por acá. En estos días me devuelven unos libros de Erich Fromm que sé que te van a gustar mucho.

—Entonces de aquí a poco me doy la vuelta para ver qué tal esos libros.

El tiempo se deslizó muy rápido en la vida de Diana y de los suyos, se precipitó como el agua que en la cúspide de una catarata se lanza sin remedio a la hondura verde del abismo. Quince años han pasado desde aquella partida inconclusa de ajedrez. Diana seguía buscando y pensando. Hizo de su vida eso mismo: una incesante búsqueda de las más hondas motivaciones del ser humano. Por su consultorio habían pasado un sinnúmero de personas perturbadas, ajenas a sí mismas. Antes de la terapia, ella invitaba a cada paciente a jugar una rápida partida de ajedrez, quince minutos solamente. Algunos lo encontraban un poco extraño, otros lo consideraban algo estúpido y otros tantos se acomodaban tan alegremente ante el tablero que costaba trabajo sacarlos luego para continuar la terapia. Diana movía mecánicamente cada pieza. Su mirada no estaba en el tablero, sino en el rostro del otro, ahí trataba de traspasar los pliegues de cada máscara, ponía atención a los gestos: una sonrisa, el ceño fruncido, la divagación de las palabras y las miradas. Esos eran signos que unidos a la conversación posterior le daban a ella el impulso inicial para aconsejar y comprender.

Una lluviosa mañana de julio, cuando la gente apenas se estaba levantando, Diana escribió de un golpe unos párrafos con los que pretendía comprender, o más modestamente acercarse un poco más al sentido del único juego. Este es el texto que más tarde envió a la redacción del suplemento cultural *Cumbre Hispana*, el cual lo incluyó en su número treinta y seis:

Tratar de comprender el juego único

“Hay lecciones que se aprenden de una vez y para siempre. Una que yo aprendí hace tiempo fue que cualquier juego por inocente y sencillo que sea, es una prefiguración del único juego, del juego de la existencia, ese en el que no sabemos bien qué o quién nos pone a jugar. Lo cierto es que jugamos, estamos aquí y punto. En cualquier juego, las reglas fundamentales son al mismo tiempo las más claras y más sencillas, esto hace que no se pueda recurrir –para romper las reglas– a la ignorancia o la dificultad para comprender. Lo verdadero cuanto más sencillo sea, más persiste en el tiempo.

Recuerdo bien esa tarde: él violó las reglas del juego, prefirió tirar las piezas antes de que yo le ganara inexorablemente. Ahora creo comprender, esa vez se quitó la máscara, tal vez sin querer me dejó ver su yo verdadero: vacío, gritando en silencio su angustia, egoísta, un ser incapaz de poder amar. Y yo estaba ahí jugando sin darme cuenta de que con unos cuantos movimientos estaba desbaratando su castillo hasta ese momento infranqueable.

Sé que no soy culpable, ahora le tengo lástima, ya me parece verlo ahí pequeño en su miserable fortaleza, repasando esos libros en vez de encontrarse con la gente, ganando más partidas en el mismo instante en que le crece una coraza invisible sobre la espalda que le impide levantarse, ahí jugando con frías piezas, asquerosas nimiedades para evadir el juego verdadero. Y cuando el juego le exigió una respuesta, él sin más se echó su propio rey en el bolsillo y de un salto fue a parar a la barca de Caronte. ¡Pobre, creo que se le olvidaron las monedas para pagar el viaje! Nihil... había escrito en aquel *collage*, él sabía que esa última jugada lo conduciría a un lugar incierto, ¡nada, nada! ese era su grito, su evasión, su no respuesta.

Vuelvo a pensar en todo esto, no puedo evitar que un escalofrío recorra todo mi cuerpo. Ahora se plantea la cuestión ¿cuál es el origen del juego? Unos afirman que un dios nos puso en estas coordenadas del universo. Otros defienden que somos producto de la evolución de las especies, que simplemente nos fuimos adaptando a través del tiempo. Otros más acuden a la explicación del azar: no hay razón ni sentido último, estamos aquí por las intrincadas jugarretas del azar, cuya única regla es no tener ninguna, las cosas sólo suceden sin mayor sentido.

En cualquier caso, ya sea que un dios, la evolución o el azar, o cualquier otra cosa que nos haya puesto en esta curiosa masa de agua, aire y tierra que gira vertiginosamente, lo real es que estamos aquí y ahora. Lo que importa es llenar de sentido este recipiente de tiempo y espacio que tenemos por vida. El porqué del juego nos puede dejar angustiados, puede que no encontremos una respuesta satisfactoria. La cuestión sería entonces cómo llenar de sentido todo cuanto nos va presentando este juego fascinante. Aquí es donde somos verdaderamente libres: ser libres es elegir la opción que nos haga crecer como personas. El suicidio no es una opción, no es una respuesta, es ante todo una evasión, una fuga estrepitosa de sí mismo.

Como todo juego, hay que aprender a jugarlo, porque nadie podrá jugar el juego de los otros, hay un juego para cada uno, con diversas variantes pero con

las mismas reglas fundamentales. Tenemos toda una vida para mover nuestras piezas. Ya moví este pequeño peón, el reloj está marcando, dale que seguís vos...”.

Enero, 2009

Notas

1. Traducción: “Venid, adoremos/ venid, adoremos. /Venid, adoremos al Señor”.
2. John Harrison (1693-1776), relojero inglés. Aprendió a reparar relojes a los 21 años. Estimulado por una recompensa de 20.000 libras, ofrecida por el Parlamento Británico, a quien encontrara un método para localizar la longitud en la que se halla una embarcación en cualquier lugar de la Tierra con una precisión mínima de medio grado, Harrison dedicó casi toda su vida a perfeccionar un cronómetro para la navegación que resolviera el problema de la determinación de la longitud. Llegó a la conclusión de que un reloj de gran precisión, puesto en hora en el meridiano de Greenwich, podría llevarse a bordo del barco y su indicación comparada con la hora local, determinada astronómicamente, daría la longitud en la que se halla el barco en cualquier lugar. Como la Tierra gira 360° en 24 horas o, lo que es lo mismo, 15° por hora, la diferencia en horas multiplicada por 15 sería la longitud en la que se halla la embarcación medida en grados. El cronómetro de Harrison “Número Cuatro” ganó tardíamente el premio –en 1773–, mucho después de que realizara, en 1761, una prueba de cinco meses en el mar que fue un rotundo éxito. Este experimento se realizó en el Atlántico, en una travesía desde Inglaterra hasta Jamaica, ida y vuelta. Se comprobó que el reloj de Harrison retrasaba cinco segundos de tiempo, lo que se corresponde con un error de longitud de sólo 1,25 minutos de arco.
3. En el siglo II d.C., Claudio Ptolomeo planteó un modelo del Universo con la Tierra en el centro. En el modelo, la Tierra permanece estacionaria mientras los planetas, la Luna y el Sol describen complicadas órbitas alrededor de ella.
4. El Canto XXXIII del Paraíso: “Aquel que mueve el sol y las estrellas”.
5. Virgilio, *Geórgicas*, Libro III, v. 284.